

JOSEPH ADDISON

The Spectator, núm. 345, sábado 5 de abril de 1712

Traducción de Juan José Utrilla

*Sanctius his animal, mentisque capacius altae
Deerat adhuc, et quod dominari in coetera posset,
Natus homo est.*

Ovidio, *Las metamorfosis*

LAS RELATOS QUE EL ARCÁNGEL Rafael hace de la batalla de los ángeles y de la creación del mundo en el *Paraíso perdido* de John Milton (libros VI y VII respectivamente) satisfacen esos requisitos que los críticos consideran indispensables en un episodio: están directamente relacionados con la acción principal y tienen una conexión justa con la fábula.

El libro VIII comienza con una bella descripción de la impresión que este discurso del arcángel causó en nuestros primeros padres. Después Adán, movido por una curiosidad muy natural, hace preguntas concernientes a los movimientos de los cuerpos celestes que, entre las obras de los seis días de la creación, forman la más gloriosa aparición. Aquí el poeta, con enorme arte, representa a Eva retirándose de esta parte de su conversación hacia entretenimientos más apropiados para su sexo. Bien supo el poeta que el episodio en este libro, lleno del relato que hace Adán de su pasión y estima por Eva, habría sido impropio para oídos femeninos, y así inventó muy justas y bellas razones para que ella se retirara:

Así habló nuestro señor, y por su rostro se vio
que entraba en abstractos pensamientos,
lo cual viendo, Eva se apartó de su vista,
con lenta majestad, de su asiento,
y con gracia que hacía que quien la viera deseara
que se quedara, se levantó, y anduvo entre sus frutos y sus flores
para ver cómo prosperaban y florecían
en su vivero; ellos, a su llegada, se levantaron

y a su dulce tacto se alegraron.

Pero Eva no se fue porque ese discurso no le complaciera, o porque su oído no fuera capaz de captar lo elevado; más bien se reservaba otros placeres: que Adán relatará y ella fuera su único auditorio; prefería, en el relato, a su marido sobre el ángel, prefería preguntarle a él; bien sabía que él mezclaría gratas digresiones y resolvería disputas con caricias conyugales; de sus labios no sólo las palabras la complacían. ¡Oh, cuándo hay ahora parejas tan unidas en amor y mutuo honor!

El que los ángeles dieran una respuesta dudosa a las preguntas de Adán no sólo es apropiado por la razón moral que asigna el poeta, sino porque habría sido absurdo haber dado la sanción de un arcángel a un particular sistema de filosofía. Los puntos principales de la hipótesis tolemaica y copernicana son descritos con gran concisión y perspicacia y, al mismo tiempo, envueltos en muy gratas y poéticas imágenes.

Adán, para que no se vaya el ángel, narra después su propia historia, y le relata las circunstancias en que se encontró al ser creado, así como su conversación con su creador y su primer encuentro con Eva. No hay parte del poema que mejor capte la atención del lector que este discurso de nuestro gran antepasado, pues nada puede ser más sorprendente y deleitoso para nosotros que oír los sentimientos que surgieron en el primer hombre, recién salido y fresco de las manos de su creador. El poeta ha intercalado todo lo que se dice del tema en la Sagrada Escritura, con tantas y tan bellas imágenes propias que nada puede concebirse más justo y natural que todo este episodio. Como nuestro autor sabía que el tema no podía dejar de ser agradable a su lector, no lo

puso en su relación de los trabajos de los seis días, sino que lo reservó para un episodio aparte, para tener la oportunidad de explayarse con mayor extensión. Antes de entrar en esta parte del poema, he de tomar noticia de dos brillantes pasajes del diálogo entre Adán y el ángel. El primero viene cuando nuestro antepasado narra el placer que encontró conversando con él, el cual contiene una muy noble moraleja:

Pues sentado aquí contigo, parezco en el Cielo,
y más dulces a mi oído son tus frases
que los frutos de la palma (gratos a la sed
y al hambre que produce el trabajo) a la hora
del dulce reposo: satisfacen y pronto sacian;
pero tus palabras, de divina Gracia
imbuidas, no sacian de dulzura.

El otro que mencionaré es aquel en que el ángel da razón de por qué le gustaría oír la historia que Adán está a punto de relatar:

Pues ese día estuve ausente,
en un viaje turbio y oscuro;
lejos, en una expedición a las puertas del infierno,
en completa legión (tal mando ya teníamos)
para ver que de allí no saliese espía
ni enemigo mientras Dios trabajaba,
para que Él, airado ante esa audaz irrupción,
no mezclase destrucción con creación.

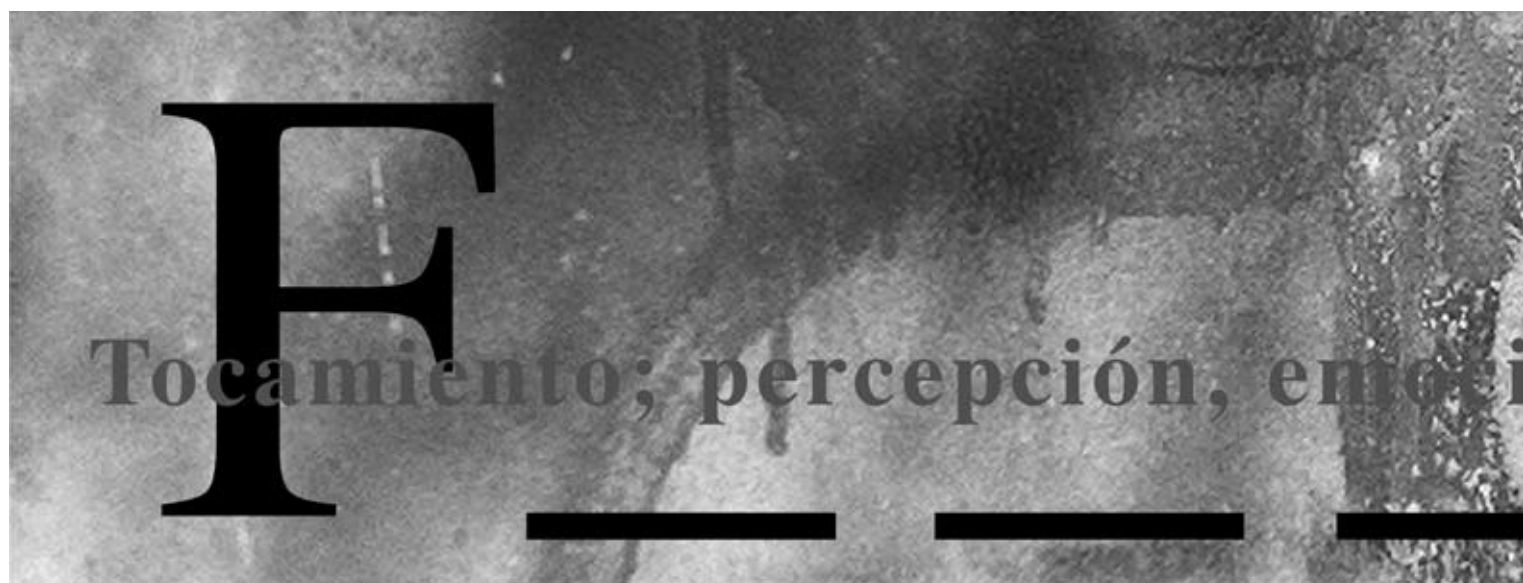
No cabe duda de que nuestro poeta tomó la imagen siguiente del libro VI de Virgilio, cuando Eneas y la Sibila aparecen ante las Puertas Diamantinas –descritas allí como límite del Lugar de los Tormentos– y escuchan los gemidos, el ruido de cadenas y el chasquear de látigos de acero que oíanse en esas regiones de dolor y pena.

Cerradas encontramos
las horribles puertas, fuertes y reforzadas
pero mucho antes de acercarnos oímos dentro
rumor, pero no de cántico o de danza,
sino tormento, alto lamento y furiosa rabia.

Adán pasa entonces a hacer una versión de su condición y de lo que sintió inmediatamente después de su creación. ¿Cómo describe la posición en que se encontró el hermoso paisaje que lo rodeaba y la alegría que lo inundó en esa ocasión?

Al despertar de profundo sueño,
me vi tendido en un florido prado,
cubierto de sudor que los rayos del sol
pronto secaron con aromática humedad.
Rectas al cielo dirigí mis miradas,
y contemplé el ancho cielo hasta que
con instintivo movimiento, quise saltar
hacia allí, erguido sobre mis pies;
miré a mi alrededor colinas, valles
y umbrosos bosques, soleadas llanuras
y el caer de murmurantes arroyos; y junto
seres que se movían y andaban o volaban,
aves trinando en las ramas, todo ello sonriente,
con fragancia, llenó de alegría mi corazón.

Se describe a Adán sorprendido de su propia existencia y haciendo un examen de sí mismo y de todas las obras de la naturaleza. También se le representa descubriendo, por la luz de la razón, que él y todo lo que le rodea debió ser el efecto de un ser infinitamente bueno y poderoso, y que este ser amerita su culto y su adoración. Su primera alocución al Sol y a las más bellas partes de la creación es muy natural y divierte la imaginación.



Oh, Sol —dijo—, bella luz,
y tú iluminada tierra, fresca y gozosa,
vosotros, colinas y valles, vos, ríos, bosques, llanuras,
y vos, que vivís y os movéis, bellos seres,
decid si habéis visto, ¿cómo vine a dar aquí?

Nunca admiraremos lo bastante su siguiente sentimiento, cuando al irse a dormir por primera vez imagina que está perdiendo su existencia y cayendo en la nada. Su sueño, en el cual conserva, empero, la conciencia de su existencia, junto con su entrada en el jardín preparado para recibirlo, también son circunstancias bellamente imaginadas y con fundamento en lo que se presenta en la historia sagrada.

Estos y otros incidentes no menos maravillosos de esta parte de la obra tienen en sí todas las bellezas de la novedad, al tiempo que poseen todas las gracias de la naturaleza. Son las que sólo un gran genio pudo haber imaginado, aunque, al leerlas, parecen elevarse del propio tema del que tratan. En pocas palabras, aunque son naturales no son obvias, lo cual es la verdadera característica de toda escritura refinada.

La impresión que deja en la mente de nuestro primer padre la prohibición de comer del árbol de la vida es descrita con gran fuerza y buen juicio, así como la imagen de diversas bestias y aves que pasan ante él es sumamente bella y vívida.

Contemplé cada ave y cada bestia
viniendo dos en dos, amansadas con halagos,
cada ave inclinada en su vuelo:
les di nombre al pasar [...]

Adán, en la siguiente parte, describe una conferencia que sostuvo con su creador sobre el tema de la soledad. El poeta representa aquí al ser supremo, haciendo un ensayo de su

propia obra y poniendo a prueba la facultad de razonar con que ha dotado a su criatura. En este divino coloquio Adán habla de la imposibilidad de ser feliz, aun cuando sea habitante del Paraíso y señor de toda creación, sin la conversación y compañía de un ser racional que comparta con él estas bendiciones. Este diálogo, apoyado principalmente por la belleza de los pensamientos, sin ningún otro adorno poético, es una de las partes más bellas de todo el poema. Cuanto más examine el lector la justeza y la delicadeza de sus sentimientos, más complacido se sentirá. El poeta ha conservado maravillosamente el carácter de majestad y condescendencia del creador, y al mismo tiempo la humildad y adoración de la criatura, en particular en los versos siguientes:

Así yo confiado, y la Visión brillante,
con sonrisa más bella, respondió así [...]

Yo, permiso de hablar imploré
y humillándome así repliqué:
“Que mis palabras no te ofendan, mi celeste
creador, sé propicio mientras hablo [...]

Procede entonces Adán a hacer un relato de su segundo sueño, en el que contempló la creación de Eva. La nueva pasión despertada en él a la vista de ella es presentada con gran finura:

Bajo sus manos un ser creció,
como hombre, más de otro sexo, y tan hermoso
que todo lo que parecía bello en el mundo pareció
horrible ahora, o en ella estaba resumido, o contenido
en su apariencia, que desde entonces imbuyó
dulzura en mi corazón no antes sentida:
y en todas las cosas su aliento inspiró
el espíritu de amor y amoroso deleite.



La pesadumbre de Adán al perder de vista a este bello fantasma, con sus exclamaciones de alegría y gratitud al descubrir a un verdadero ser que se asemeja a la aparición presentada a él en su sueño; los avances que le hace, y su modo de cortejarla; todo ello es presentado con la más exquisita propiedad de sentimiento.

Esta parte del poema es tratada con gran calidez y espíritu, el amor descrito en ella es, a todas luces, propio de un estado de inocencia. Si el lector compara la descripción que hace aquí Adán al llevar a Eva al sitio nupcial, con lo que Dryden hizo sobre la misma ocasión en una escena de su *El estado de inocencia y la caída del hombre*, notará el gran cuidado con que Milton evitó todos los pensamientos sobre tan delicado tema que pudieran ser ofensivos a la religión o a las buenas costumbres. Los sentimientos son castos, pero no tibios; y nos transmiten ideas de la más encendida pasión y de la mayor pureza. ¡Qué noble mezcla de raptó y de inocencia ha formado el autor en la reflexión que hace Adán sobre los placeres del amor, comparados con los de los sentidos!

Con lo dicho te he dado cuenta de toda mi condición, y he llegado en el curso de mi historia al colmo de la felicidad terrestre de que disfruto; debo confesar que en todas las demás cosas encuentro a la verdad placer, pero un placer tal que, ya lo sienta o deje de sentirlo, no excita en mi alma mudanza alguna ni vehementes deseos; tales son esas sensaciones delicadas del gusto, de la vista, del olfato, de las hierbas, frutas, flores, vergeles y de la melodía de las aves. Pero aquí es muy diferente; veo con deleite, toco con arrobamiento. ¡Aquí sentí por la primera vez el amor, conmoción extraña! Superior y tranquilo en todos los demás goces, ¡me siento débil únicamente ante el encanto de la poderosa mirada de la beldad! O la Naturaleza se ha mostrado escasa conmigo, y ha dejado alguna parte de mí mismo no bastante capaz de resistir a un objeto tan encantador, o al arrancarme una porción de mi costado me arrebató quizá más de lo que debía, por lo menos se ha concedido demasiado adorno a la mujer, completa en sus formas exteriores, aunque interiormente menos acabada. Sin embargo, cuando me acerco a sus hechizos, me parece tan perfecta y en sí misma tan cumplida, tan conocedora de sus derechos, que cuanto quiere decir o hacer parece lo más cuerdo, lo más virtuoso, lo más discreto, lo mejor, en fin.

La más alta ciencia cae humillada en su presencia; la sabiduría, discurriendo con ella, queda desconcentrada y parece locura. La autoridad y la razón la siguen, como si hubiera sido la primera en salir de las manos del Creador,

y no creada la segunda accidentalmente; y para terminar, la grandeza de alma y la nobleza establecen en ella su más deliciosa morada, y la rodean, como de una guardia angélica, de un respeto mezclado de temor.

Estos sentimientos de amor, en nuestro primer padre, dieron al ángel tal penetración en la naturaleza humana, que parece temeroso de los males que puedan caer sobre la especie en general, así como sobre Adán en particular por el exceso de esta pasión. Así, lo fortifica contra ella mediante oportunas advertencias, que muy sagazmente preparan la mente del lector para los hechos que van a ocurrir en el siguiente libro, en que la flaqueza de la que Adán da tan claras pruebas produce el fatal acontecimiento que es el tema del poema. Su discurso, que sigue a la amable reconvención recibida del ángel, muestra que su amor, por muy violento que parezca, aún estaba fundado en la razón, y por tanto no era impropio del Paraíso:

No; lo que más me encanta de ella no es la forma exterior, a pesar de su belleza, ni nada de cuanto se refiere a la procreación, común a todas las especies (aunque yo tengo una idea más elevada y más misteriosamente respetuosa del lecho nupcial); lo que me agrada más en mi compañera es la gracia que acompaña a todas sus acciones; son esos mil honestos atractivos que brotan sin cesar de todas sus palabras, de todos sus movimientos, impregnados de amor, de dulce complacencia, irrecusable testimonio de la íntima unión de nuestros pensamientos que hace de ambos una sola alma; ¡Armonía de dos esposos!

El discurso de Adán, al despedirse del ángel, tiene una deferencia y una gratitud adecuadas a una naturaleza inferior, y al mismo tiempo una cierta dignidad y grandeza apropiadas al padre de la humanidad en su estado de inocencia. •

JOSEPH ADDISON (Milton, 1672-Londres, 1719) destacó por su actividad política y literaria. Fue miembro del Parlamento por el partido *whig*. En 1717 fue nombrado secretario de Estado. Es autor de poemas en latín y de la tragedia *Catón* (1713). Fundó las revistas literarias *The Tatler* (1709) y *The Spectator* (1711).